

A eso de las once Lescuyer dejó á los esposos Donadieu, muy aliviado de sus penas por la conversación. El cielo, bastante despejado, dejaba ver algunas estrellas y la atmósfera estaba menos abrumadora. Hacía una de esas tibias noches de París, en las que los cafés, abiertos de par en par, muestran el esplendor de su alumbrado, los paseantes caminan despacio y los tenderos toman el fresco en las aceras, en mangas de camisa y montados en una silla. El magistrado se encaminó lentamente hacia la Plaza Real, distraído con los espectáculos populares de las calles y participando del bienestar general. Lescuyer se encontraba en una de sus buenas horas.

Al entrar en su despacho, en el que le esperaba encendida la lámpara, pues el magistrado velaba hasta muy tarde, el fresco de la noche penetraba

por la ventana entreabierta y Cristián se encontró bien dispuesto y se frotó las manos.

« He hecho bien de salir, pensó. Debo ir más á menudo á visitar á Donadieu... Esta noche voy á trabajar con gusto una hora ó dos. »

Antes de ponerse á la tarea, cogió el *Temps*, que su ayuda de cámara había puesto sobre la mesa, y después de romper la faja, recorrió con la vista las últimas noticias.

Inmediatamente le llamó la atención este epígrafe: *El crimen de la calle Cadet. Prisión del asesino.*

« ¡ Ah! sí, pensó sonriendo ligeramente. El asunto que tanto apasiona á la buena Eloísa... Han cogido al culpable. Menos mal... Ya tiene materia la señora de Donadieu para charlar mañana con la frutera... »

Y se puso á leer distraídamente.

« El pueblo de París, decía el periódico, á quien el asesinato del prendero de la calle Cadet ha causado una viva emoción, sabrá con satisfacción que el asesino ha sido preso hoy, antes de hacer veinticuatro horas de la comisión del delito.

« Nuestros lectores recordarán que cerca del cuerpo de la víctima se encontró una papeleta del Monte llena de sangre. Esta fué una preciosa indicación para la policía que se puso en seguida en

busca del individuo cuyo nombre figuraba en la papeleta y que ahora se sabe que es el culpable.

« Es un tal Cristián Forgeat... »

Aquí Cristián Lescuyer se detuvo de repente, helado por un escalofrío.

¡ *Cristián Forgeat!*... Forgeat era el apellido de Perrinette y Cristián el nombre que ésta había dado al niño en recuerdo de su padre. ¡ *Cristián Forgeat!* ¡ Oh! Conocía muy bien este nombre. Le había pronunciado muchas veces y repartido por todas partes en otro tiempo, cuando hizo tantas averiguaciones infructuosas para encontrar las huellas de la madre y del hijo. El nombre de Cristián era raro y no podía ser casual el encontrarle unido al apellido Forgeat. No había duda posible. ¡ Se trataba del hijo de Perrinette, del suyo acaso!... ¡ Y ahora encontraba al niño en la persona de un ladrón y asesino y veía aquel nombre escrito en un papel ensangrentado, prueba de un crimen espantoso!

Anonadado por este golpe y sumido en una especie de entorpecimiento, el magistrado continuó la lectura :

« No se alabará bastante en este caso la habilidad y la prontitud con que ha procedido la policía. El inspector Bosse, encargado especialmente de la vigilancia de las casas de huéspedes, conocía

de vista á un tal Cristián Forgeat, de unos veinticinco años, un bohemio, antiguo recluso de la colonia agrícola de la Meseta y que seguía en relación con varios criminales ó individuos sospechosos procedentes como él de aquel establecimiento penitenciario. Las sospechas recayeron naturalmente sobre ese joven, que no tiene, es cierto, historia penal, pero que no vive de profesión alguna fija, ni posee medios de existencia, ni se ha dedicado más que á ocupaciones de casualidad, como las de vendedor ambulante y comparsa de teatro.

« En la suposición, ya confirmada, de que Forgeat fuese el culpable, se podía cómodamente reconstituir la escena del crimen. Forgeat se presentaría en casa de Soldmayer para venderle la papeleta del Monte y le mataría á tiros en el momento de abrir la caja de hierro. Pero la prisa por escaparse le hizo olvidar el revólver y el papel comprometedor.

« Unos agentes fueron inmediatamente al miserable hotel del *boulevard Rochechuart* en que vive Forgeat hace algunas semanas, pero éste no volvió á su casa en toda la noche.

« Por fortuna para el inspector Bosse, se tenía la filiación exacta del fugitivo, que tiene, entre otras particularidades, la de cojear un poco de la

pierna izquierda. Gracias á estas indicaciones el agente Melón, de cuyos actos de valor hemos dado cuenta tantas veces, reconoció y detuvo á Forgeat en la estación del Norte, en el momento en que acababa de tomar un billete para Bruselas y se disponía á montar en el tren de las once y treinta.

« El asesino, que llevaba una suma bastante importante en oro y en billetes de banco, ha confesado fácilmente su crimen y sólo ha tratado de negar la premeditación, pretendiendo, lo que nos parece inverosímil, que fué á casa de Soldmayer sin arma y sin intenciones criminales y que la vista de un revólver que había en la caja de hierro le inspiró repentinamente la idea de matar al judío.

« Cristián Forgeat ha sido llevado á la cárcel á las dos de la tarde. »

Esta noticia del periódico, que completaba el relato de la señora de Donadieu, no sólo evocó en el espíritu del magistrado el crimen con todos sus detalles, sino que le dejó adivinar sus causas y sus orígenes, porque era una historia vulgar y que él conocía hasta la saciedad la del antiguo joven recluso que al volver libre á la sociedad se hace progresivamente vago, ladrón y asesino. Muchas veces en su carrera de juez había tenido que condenar á esos miserables y por una de esas incon-

secuencias que son el fondo mismo de la humanidad jamás había pensado, viéndolos, en su mala acción de otro tiempo y nunca había tenido en cuenta que el hijo de la pobre muchacha abandonada por él existía acaso y estaba expuesto á la misma suerte que aquellos parias.

Evocados por el recuerdo veía ahora sentados en el banquillo de los acusados encorvada la espalda y baja la cabeza, aquellos á quienes su dedo señalaba al jurado con actitud severa, al anonadarlos con su palabra y al pedir para ellos todo el rigor de las leyes. ¡ Cuántos había enviado á la cárcel y al presidio! Contra uno de ellos, reo de asesinato y robo, hasta había obtenido la pena de muerte. Y todo esto sin un momento de vacilación ni de escrúpulo, con la conciencia tranquila. En vano los defensores habían invocado siempre como disculpa para esta clase de acusados la falta de familia y de educación moral. Orador implacable, el fiscal en sus réplicas ponía en guardia al jurado contra aquellas sensiblerías y se atenía al hecho concreto, al crimen cometido. ¿ Es culpable el acusado? ¿ Sí ó no? El jurado debe castigar en nombre de la sociedad, que tiene el derecho de defenderse.

¡ No! ¡ No era posible! ¡ Sería monstruoso! ¡ No podía ser él el padre de aquel asesino, de aquel ladrón, de aquel bandido. La madre no era más

que una pérdida... Y todas las malas razones que en otro tiempo se diera el estudiante para abandonar á su querida, trató de recordarlas y de vencerse de ellas el magistrado, cuya vida, exceptuando aquella falta, había sido enteramente pura é íntegra. Pero los remordimientos de su antigua villanía le invadían de nuevo el corazón, más agudos y más crueles que nunca, y se sentía presa de una gran vergüenza y de un gran descontento de sí mismo.

Febril, congestionado, con el cuerpo frecuentemente recorrido por los escalofríos, Lescuyer se paseaba maquinalmente por el despacho. Veinte veces cogió el periódico y le arrojó, para cogerle de nuevo y leer el relato de aquella captura y el nombre Cristián Forgeat que parecía brillar en el papel. Confuso y asombrado por el suceso y absorbido por sus pensamientos y por sus recuerdos, no observaba que huían las horas y que el reloj de la chimenea marcaba las dos de la madrugada. Por último, rendido de cansancio, se sentó á su mesa de despacho, dejó caer la cabeza sobre los brazos cruzados y, casi en seguida, se durmió.

Entonces tuvo un sueño espantoso.

Era la plaza de la Roquette, en una mañana de ejecución, á la hora en que palidece el gas. Se encontraba entre la multitud, pero en primera fila,

después de los soldados, y por encima de las charreteras veía muy cerca la guillotina, con su agujero redondo, y más allá la puerta de la prisión cerrada y muda. Entonces recordó lo que había dicho Donadieu: « Todos contra uno. » Sobre él y sobre la multitud muda é inmóvil se cernía la silenciosa atmósfera de los sueños.

Lentamente y sin ruido la puerta de la prisión se abrió de par en par. Al pronto no vió la cara del hombre amarrado, porque el sacerdote, que andaba hacia atrás delante de él para ocultarle la vista de la innoble máquina, le tenía estrechamente abrazado. Pero Cristián se sintió de repente poseído de una atroz angustia y su corazón quería saltársele del pecho al pensar en aquella fisonomía oculta, como si presintiera que el verla había de ser para él completamente insufrible. No quiso ver y cerró los ojos durante un segundo, pero en seguida, cediendo á un horrible deseo, los abrió nuevamente.

La cabeza del reo estaba ya en el agujero de la guillotina: el cuchillo no caía. Y Cristián vió entonces que aquel joven — porque era un joven — se le parecía como un hijo se parece á su padre; que aquella cara era su cara de otro tiempo, y que aquellos duros ojos negros, que brillaban bajo las espesas y unidas cejas, estaban fijos en

él y le asestaban una atroz mirada de odio.

El magistrado se despertó dando un grito de espanto, cubierto de sudor y con todo el cuerpo dolorido. Encima de la mesa, á su lado, estaba abierto el periódico.

Y para aquel hombre desgraciado la realidad fué tan horrible como la pesadilla.

XVII

El día siguiente todas las dudas de Lescuyer se disiparon.

Muy temprano fué á la cárcel, con el pretexto de tomar algunos datos para su obra, y los carceleros de todos los grados se apresuraron, naturalmente, en derredor de él, obsequiosos, gorra en mano y con exagerada y baja cortesía.

Al pasar por las celdas destinadas á los presos de importancia, Lescuyer se detuvo y preguntó al director de la cárcel, que le acompañaba en su visita :

« Y á propósito... Ese hombre... El de ese crimen de la calle Cadet...

— ¿Forgeat? Aquí está, señor Fiscal, en el número 4...

— ¿Y cuál es su actitud?...

— Muy abatido... Me parece que ese buen